



Carlos E. Chinchilla

La ascensión de la alondra

TESTIMONIOS BIBLIOGRAFICOS

(II)

En los años en que vivió la gran diva, nuestro bel canto aún conservaba las características y costumbres musicales que se dieron en nuestro país en el siglo XIX, reduciéndose éstas a la audición en iglesias y en tardes o noches de reuniones familiares, que se abrían a ciertas invitaciones personales. Cabe hacer notar que por supuesto ya existían los teatros Variedades y Nacional y que en este último se presentó con éxito en muchas ocasiones la señorita y luego señora Zelmira Segreda de Cappella. Pero a diferencia de Melico Salazar, que explotó su extraordinaria voz en diferentes y renombradas compañías operáticas, con las cuales internacionalizó su nombre y el de nuestro país, doña Zelmira, luego de sus estudios en Italia, regresó a nuestra patria rechazando una buena cantidad de ofertas para cantar en el exterior que sin lugar a dudas hubieran hecho de esta cantante una celebridad universal al igual que lo hicieron con Melico. Aquí estriba la infundada creencia de nuestra gente de que antes de Melico Salazar no hubo canto operático de magnífica calidad en nuestro país. Hubo excelentes sopranos y tenores, pero sobresalían por su indiscutible calidad, la soprano que hoy me ocupa y el tenor Cano Aguilar Mora. Los diarios de ese entonces eran de informaciones escuetas. Eran estructurados en columnas que proporcionaban en una misma, notas de todo tipo de acontecimientos desde el frío asesinato, pasando por el baile de gala, hasta lo que hoy nos interesa. No existía la menor noción de una página o suplemento cultural. Así pues, comprenderá el lector, que este aparte no es lo más completo que este su servidor quisiera.

En “Vida Musical de Costa Rica” (Imprenta Nal, 1957), su autor José R. Araya nos dice de Zelmira: “Casi no hay persona que durante el primer cuarto de este siglo no oyera cantar a la niña Zelmira en compañía de don Cano Aguilar. En los conciertos de caridad que se celebraban en el Teatro Nacional siempre se oyó su meliflua voz. Se ha considerado como la mejor soprano del país...”. “El Noticiero del 30 de octubre de 1904 nos dice: “Entre las misas de réquiem más bonitas y mejor ejecutadas que hemos oído en Costa Rica, está la que se cantó en Alajuela el miércoles último...dirigida por el distinguido maestro Castegnaro. Tocó el piano el maestro J.J. Vargas Calvo y cantaron Zelmira Segreda y Cano Aguilar...”. Es decir, los más caros artistas de la época y personas inseparables de nuestra historia musical por la indeleble huella que marcaron en sus pasos terrenales. Manuel Segura Méndez, en su obra “Melico” (Editorial Costa Rica, 1965), refiriéndose a una función ofrecida por los alumnos de la Escuela de Música Santa Cecilia en el Teatro Nacional, el 28 de diciembre de 1904, nos dice comentando a su biografiado: “Su aparición esa noche constituyó un verdadero triunfo, tanto más cuanto Salazar y su compañera Zelmira Segreda actuaron como meros colaboradores, y no como elementos de la institución”. Acerca de esta misma noche artística, “La Aurora” del 29 de diciembre, sea el día siguiente, entre otras cosas escribió: “El gran concertante con que finalizó la segunda parte y en el cual participaron las señoritas Zelmira Segreda y Luisa Montero con su reconocido talento, fue admirable.” A su regreso de Italia presentó examen para hacer valer el título obtenido en . aquel país, siendo dicha prueba según uno de los miembros de la comisión examinadora, lo más brillante que en música se había presentado últimamente. Un corresponsal de Heredia dijo referente a una velada de beneficencia, lo siguiente: “...pero el número que más agradó al numeroso público y que debe mencionarse en forma muy especial, fue la participación de la diva nacional, señorita Zelmira Segreda, quien recibió, como era de esperarse, merecidas ovaciones y se vio obligada a repetir varias de sus interpretaciones”. En lo que ya es el colmo de una mala información, leemos lo siguiente: “Ejecútase un concierto musical en el Teatro Nacional, en que toman parte la contralto Zelmira Segreda de Cappella y el violinista Leopoldo Premys. ~lav, quien interpreta la sonata de Paganini”. ¿Contralto? ¿Cuál de las sonatas? Para conmemorar la fiesta patria el 15 de setiembre de 1909, se efectuó en el mismo teatro una nueva cita artística de la cual informó al siguiente día “La Información”

con estas palabras de nuestra incumbencia: “la romanza del “Amigo Fritz”, la cantó la señora de Rocca San Felice, mereciendo el honor de los aplausos que se le rindieron”.

En el mes de noviembre de 1911, propiamente el día 5, con el fin de celebrar el centenario del primer grito de independencia y dedicado a la República de El Salvador, se llevó a cabo una gran velada en el Teatro Nacional. A esta noche en el Nacional se le dio gran importancia. Comentando la actuación de los artistas, nos dice “La Información” el día 7 de noviembre que la señora Zelmira de Rocca San Felice, cantó Madame Butterfley, habiendo todas (se refiere también a sus inseparables compañeras Luisa Montero y Petra Rosat) hecho correr con su voz admirable las delicias de la emoción estética por los nervios del auditorio entusiasmado. El debut de la recién organizada Sociedad Musical de Costa Rica se fijó para el 3 de diciembre de 1911. En lo que a nosotros concierne el programa quedó así: Zelmira Segreda cantará de Carmen, “El terceto de las cartas” junto a Luisa Montero y Petra Rosat; y de la Traviata, el concertante final del Acto II, con Luisa Montero y el señor Montandón.

Leamos lo que nos dice Julia de Pertuz: “...aún siento en mi oído su voz en una aria de “Tosca”, una noche en que tuvo la galantería benévola de hacer una pequeña velada musical con sus alumnos en mi casa, que gozó y se honró con su presencia...” “El Noticiero,” del 18 de diciembre de 1914, nos habla de un concierto en el Teatro Nacional el día 15 del mismo mes y nos dice: “La romanza de la aria de Tosca interpretada por Zelmira Segreda de Cappella, gustó mucho y las manos del público que supo sentir tan bellas armonías, hizo repetirla...”

Nuestra alondra inició su ascensión cantando el Stabat Mater “el viernes santo y sus acentos conmovedores que llenaron el templo de Nuestra Señora de Soledad fue como su adiós a la vida...Como las grandes artistas, había agotado prematuramente el fuego vital y sólo le quedaba contemplarse lentamente morir, consumida por un amor divino, por lo que fue para ella el culto y la pasión dominante y después su delirio de enferma. La ascensión continuaba día con día, siendo “La Marsellesa la última canción que sus labios descoloridos musitaran cuando el catorce de julio, pugnaba su espíritu por despedirse de nosotros, y llegó a sus oídos el eco de aquel himno solemne y hermoso que Francia compuso para todos los pueblos libres de la tierra”. Doña Zelmira sentía un gran aprecio por Francia, hecho que se corroboró al cantar desde su lecho que la vio morir cinco días después, el Himno Nacional de la gran nación europea en su día patrio.

LOS FUNERALES

Sus exequias fueron verdaderamente impresionantes. El “Diario de Costa Rica” dijo al día siguiente que “En ninguna oportunidad, fuera de los entierros oficiales, se ha visto una concurrencia mayor”. “La Tribuna”, por su parte, anotó que “En muchos años no recordamos haber presenciado una manifestación de duelo tan imponente, tan espontánea como la que tributó ayer la sociedad costarricense a la memoria de doña Zelmira Segreda de Cappella con motivo de sus funerales...”. La carroza fúnebre iba decorada con arpas y liras de flores, en número mayor de diez. Pasadas las nueve y treinta de la mañana fue imposible recibir más coronas en el interior de la iglesia pues no había lugar en donde colocarlas. La musicalización de la ceremonia religiosa se llevó a cabo por un conjunto de voces e instrumentistas que jamás se había reunido antes para algo similar. Se ejecutó la Solemne Misa de Réquiem del maestro Compabadal, conceptuada como una de las mejores producciones nacionales. En el coro se distinguieron los tenores Emilio Bosquet y Manuel Salazar, así como las sopranos Luisa Montero e Isabel Gólcher. Dirigió el maestro J.J. Vargas Calvo. Acompañaron a Zelmira (así, sencillamente, por ese nombre la conocía todo C.R.) en su despedida, gentes de toda clase social. Se dieron cita en tan penosa ocasión el Presidente de la República, don Julio Acosta; algunos de sus

ministros, los expresidentes González Viquez y Carlos Durán y demás personajes públicos y diplomáticos; así como delegaciones de niños y niñas del Hospicio de Huérfanos, las Hermanas de la Caridad del Hospital San Juan de Dios y artistas heredianos. Las colonias francesa e italiana también enviaron su representación. Al salir de la Metropolitana el cortejo fúnebre, se le unió la Banda Militar, ejecutando entre otras piezas fúnebres “El Duelo de la Patria”, obra que anteriormente sólo se había ejecutado en sepelios oficiales. Por las calles que transitaba su cuerpo inerte, iba quedando una estela de dolor y resignación ante el mandato divino.

HOMENAJES POSTUMOS

En la Catedral Metropolitana, el 29 de julio de 1923, se celebró el novenario interpretándose nada menos que el majestuoso Réquiem de Verdi, que era lo mejor en repertorio existente en Costa Rica y que se había hecho escuchar únicamente en los funerales del Obispo Thiel. En Heredia, sin poder precisar la fecha exacta, el Prof. Juan R. Alfaro fundó el Orfeón Zelmira Segreda, según pudimos leer en “Vida Musical de Costa Rica”. Este conjunto vocal en la actualidad no existe., Poco antes de cumplirse el primer mes del fallecimiento de nuestra comentada, propiamente el jueves 16 de agosto, el gran poeta peruano José Santos Chocano ofreció un recital de su poesía en homenaje a nuestra soprano en el Teatro Nacional. El Lic. Alejandro Alvarado Quirós pronunció un excepcional discurso a la memoria de tan preclara artista nacional. En Heredia y Cartago se ofrecieron misas de réquiem, con músicos y cantantes de cada provincia. Las celebraciones tenían gran realismo y evocación. Don Rodolfo Quesada M. maestro de música de las escuelas de Heredia, propuso a la Junta de Educación capitalina se bautizara alguna de las escuelas de San José con el nombre de doña Zelmira. Otros pidieron se pusiera su nombre a un teatro. En 1943, la Escuela Juan Rafael Mora hizo lo que otros no han hecho: recordar merecidamente a esta notabilísima soprano y maravillosa mujer. Entre otros artistas, actuó en dicho evento Isabel Gólcher, una de las alumnas de doña Zelmira, habiendo dicho la prensa que en el homenaje que se le tributó a Zelmira Segreda en la Escuela Juan R. Mora, la voz de esta soprano “embelleció el programa como un eco de la recordada artista nacional, cantando una aria de Tosca y otra de Madame Butterfley”. Desde entonces, el silencio que guarda siempre el hombre injusto para su compatriota altivo, ha sido la tónica irreversible que ha imperado respeto a esta eximia artista nacional. Costa Rica, ya se ha comprobado, es un país hartamente ingrato con muchas de sus glorias. En síntesis, cinco homenajes en 55 años de ausencia. No es esto acaso una injusticia que día con día se va entronizando más en nuestras autoridades culturales y educativas?.

PUNTO FINAL

A lo largo de esta exposición creo haber comprobado suficientemente que mi empeño en rendir este tributo no ha sido el simple capricho de un escritor más, y que en Zelmira hubo artista y además hubo mujer. O la inversa. Como quiera que sea, la recordación es necesaria; máxime aún si comprendemos que de las glorias pasadas se habrán de alimentar los artistas del mañana. Espero que la mujer nacional, sin elitismos políticos o ideológicos, tome conciencia (como sí ha hecho con otras mujeres) la tarea de hacer que la rememoración de doña Zelmira Segreda de Cappella sea uno de nuestros más sagrados deberes, ojalá desde nuestras edades infantiles. Me refiero a las damas porque ahora están muy de moda sus organizaciones cívico-culturales y sí en verdad quieren trabajar en algo realmente valioso, aquí tienen su mejor oportunidad. Dejo para punto final la manifestación de que si el Gobierno de la República y los señores diputados quieren ponerse una flor en el ojal, tienen la palabra...Méritos le sobran a Zelmira.



El pueblo costarricense despidió con tristeza a la gran diva.